

dades de estas dos sangres, tan a menudo y tan reciamente combinadas en nuestra raza ibérica: como lo demuestran todos esos Oconor, Odonojú (O'Donnohue), O'Leary, Osborne, Maldonado (Mac. Donald), O'Higgins, O'Byrne, y Odonel (O'Donnell) que andan dispersos por toda España y toda América, donde tan activamente participaron siempre en toda suerte de contiendas nacionales o intestinas. E inversamente, ahí está todavía la sangre ibérica en Irlanda, siempre activa: Eamon de Valera... ¿No es así?

Dejando, con todo, a un lado este parentesis racial—tan sugestivo que bien merecería más amplio desarrollo—, debo insistir sobre la importancia que a mi entender encierra, aunque no lo parezca, ese íntimo desacuerdo, esa divergencia, ese antagonismo que creo advertir entre la obra y su título; y que es signo a mi entender de cierta recóndita dualidad, de cierta incompreensión íntima, de cierta enemistad profunda entre esas dos personalidades de la autora: no ya sólo entre la irlandesa y la indohispana—entre «Carmen» y «Brannon», o en un plano más elevado entre «Claudia» y «Lars»—, sino además, globalmente, entre la entera persona material de *Carmen Brannon*, su «yo inferior» que diría un teósofo—y la total persona literaria y espiritual de *Claudia Lars*: su *Yo superior* y con mayúscula, en el sentido teosófico de la palabra *Yo*.

Porque una, pese a su doble sangre, *Una* es en la superficie Carmen Brannon; y *Otra* muy otra, otra diametralmente opuesta y aun hostil a la primera, otra muy *Otra* y muy *Una* también, es en el fondo Claudia Lars. Y ambas se revelan, antagónicamente — *agónicamente*, diría Unamuno—no ya en su personalidad cotidiana que todos conocemos: superficial y profunda, apasionada y frívola, humana y femenil, «poetisa» a veces en el peor sentido de la palabra, y a ratos Poeta verdadero, asexuado y angélico en el alcance más alto y más humano que pueda atribuírsele a un Poeta; no ya, digo, en esa doble personalidad diaria que todos le conocemos, sino en su propio desconocimiento del verdadero carácter dionisiaco y atormentado de su libro. Desconocimiento, que como dejo dicho, llega hasta relegar a un puesto humilde dentro del volumen y aun dentro de su propia apreciación, dos de sus poemas característicos, probablemente los más recios y más bellos—*Arbol de Sangre* y *Primera Canción de Otoño*—para ceder en cambio la primacía absoluta, nada menos que la primacía del título, a una composición relativamente mediocre como es, en mi sentir, esa *Canción Redonda*. Y es que, ignorándose como parece ignorarse a sí misma, Claudia Lars no ha comprendido—insisto en ello—lo que cualquiera puede apreciar a la primera ojeada. Que no es su libro una *Canción Redonda*, una canción amplísima y serenísima, totalitaria y apolínea, sino sencillamente *Una Canción de Amor*. De amor inquieto. De amor atormentado y tormentoso. Un poema dionisiaco. Una serie de *Antifonas del Amor Inmutable*. Cada vez más vividas. Cada vez más dolidas y más hondas. Hasta culminar agudamente, intensamen-

te, dolorosamente, en la *Frimera Canción de Otoño*, en la *Canción del Adiós que se Presiente*, y en ese maravilloso *Arbol de Sangre*, que es en mi opinión el poemá-síntesis del libro, si es que no el libro mismo.

Porque así, y no de otra manera. Así, *Arbol de Sangre*, así debió llamarse el dulce y fuerte libro de nuestra Claudia Lars. Porque eso es realmente: un *Arbol de Sangre*. Un árbol de amor y de dolor, arraigado en lo más hondo de su corazón de mujer y de su alma de Hombre. En su cuerpo de «poetisa», y en su espíritu de Poeta. Un *Arbol de Sangre*, arraigado en la Tierra—en la tierra y en el barro de su carne—, pero florido de astros en el Cielo. Pasando, por el móvil camino de su savia sangrienta, desde la raíz oscura y doliente sembrada como una arteria en su corazón, hasta la inmensa copa altísima, auroral y hospitalaria para todos. Donde no existen ya la tierra ni el dolor, ni la noche, porque allí todas las flores son de luz entre la sombra del follaje. Y son como la voz y la esencia misma de la fronda, y del tronco, y de la savia y de la raíz misma, y aun de la misma Tierra. De la Tierra oscura, y de la Noche oscura, y del oscuro y total Universo de Universos.

¿Qué cosa es un árbol, en efecto, sino la voz de la sombra y de la Tierra? ¿Y qué un *Arbol de Sangre*, sino la expresión viva y humana del dolor del mundo? ¿Qué es un hombre, qué es una mujer sino un doloroso *Arbol de Sangre* para expresar y cobijar amorosamente el dolor de todos los hombres, el dolor del Hombre: a su vez conciencia y expresión del Universo? Y qué es un libro de versos—qué es toda obra de arte—sino un *Arbol de Sangre* plantado en el corazón

de un hombre; subiendo calladamente desde la raíz paciente y tenebrosa—desde el barro, común al hombre y al animal, a la planta y a la tierra—, hasta la milagrosa y luminosa floración de su espíritu en los cielos: hasta el Espíritu altísimo y libérrimo, común al ángel y al hombre, y a la estrella, y al espacio sin límites. Hasta el Espíritu que en sí mismo es Flor altísima. Flor de liberación y de eternidad; pero que sólo más allá de sí mismo y más allá de la Flor perfecta y pura: sólo por la semilla, por el Fruto maduro y putrescible, sólo por el Fruto que es el hombre, puede regresar a la Tierra y al lodo a cumplir un nuevo ciclo, y a germinar otra vez en el corazón doliente de otros hombres. Porque el Hombre mismo «es el Camino, la Verdad y la Vida». Y el Hombre es un *Arbol de Sangre*. Y no puede ni podrá nunca liberarse de sí mismo. A no ser por el camino egoísta de la «Muerte Segunda», de la aniquilación y del Nirvana. Que sería la negación eterna de la Vida y del Espíritu, la rebelión luciferina del hombre contra el Hombre, y del hombre contra Dios.

Aunque sólo este *Arbol de Sangre* nos hubiese dado Claudia Lars, creo sinceramente que su nombre se salvaría definitivamente del olvido. Por eso lamento de todo corazón que no se le haya concedido mayor espacio y preeminencia: denominando al libro entero *Arbol de Sangre* y colocando esta composición a la entrada, como pórtico y síntesis completa de la obra. Y por eso no resisto—no quiero resistir—al «deleitoso dolor» de copiar aquí las principales ramas de este cruento *Arbol amoroso*:

Esta herida me duele con dolor deleitoso. Abierta como un surco, en su fondo germina semilla amarga y dulce que ha de eruirse, callada, en el tronco de fuerza y en la rama florida.

Arbol gigante y bello que juega con las nubes; su cabellera densa, peinada por la brisa, esconderá el arrullo de la paloma viuda y el primor complicado de la frágil orguidea.

Será la casa oculta del animal hurafío. Ha de lamer la bestia su raíz retorcida. Y quebrando jornadas el viajero del mundo apoyará en su tronco la carga de fatiga.

Rumoroso de trinos y adornado de gajos, meciendo bajo el sol frescura de caricia, con sus ventanas verdes por donde el cielo pasa, y en la corteza dura, cicatrices perdidas...

Su savia de dolor, potente y victoriosa, multiplicada en cantos, trocada en gallardía, empujada al azul y en el lodo sembrada, ha de ofrendarse a todos en dádiva sencilla.

Y tal vez una tarde, cuando estés viejo y solo, y en el recuerdo se abran puertas de lejanía, te ha de llegar un soplo de fragancia olvidada... ¡Sangre transfigurada en florescencia viva!

Todo lo dicho hasta aquí no significa, en manera alguna, que no puedan encontrarse en el volumen composiciones más acabadas y perfectas, de valor artístico, estético, formal, probablemente superior al de este *Arbol de Sangre*.

CANSANCIO MENTAL
NEURASTENIA
SURMENAGE
FATIGA GENERAL

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

Kinocola

el medicamento del
cual dice el
distinguido doctor
Peña Murrieta, que

«presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos severa
y científicamente».